

CANCIONERO, por *Alberto Guillén*.

Desde aquella «Linterna de Diógenes», que revolvió airadamente los círculos literarios de Madrid, Alberto Guillén ha seguido alarmando a la burguesía que lee con su egolatría y su desenfado.

Pocos poetas sudamericanos han mostrado una personalidad tan definida como el autor de este «Cancionero» (1). Su «Deucalión», libro de sonetos que dió vueltas el Continente y llegó a España, para alcanzar en toda parte calurosos elogios, le situó en definitiva junto a los grandes líricos del idioma. Y se hizo perdonar así el pecado juvenil de su «Linterna», que si no fué pecado literario, lo fué, y grande, por el encono que despertara entre los escritores de la Península.

Otros discutirán la vida política de Guillén, y acaso dirán que no supo dejar en ella los arrestos de su «Deucalión»; otros le juzgarán como prosista, y dirán lo que les venga en gana. A nosotros, lectores entusiasmados de su «Cancionero», nos basta con su obra lírica para reafirmarnos en el aserto de su valía indiscutible.

Sus «Coplas», «Cantares Cholos», que dice él, tienen el fuerte sabor de lo autóctono, la voz primitiva y gruesa del criollo peruano. En cambio, sus «Cantares», lo más valioso de este Cancionero, son la voz irónica y agudizada del poeta en tensión.

Oyendo cantar la vida,
de bruces sobre el torrente
que soy, te espero, querida.

Como anoche ha llovido,
se le ha refrescado la voz
al río.

(1) Arequipa, Perú, 1934.

Llenos de imágenes frescas y originales, el paisaje y la vida asoman rotundamente en estos Cantares de Alberto Guillén. En ellos, como en «Deucalión», está latiendo su recio corazón de poeta.—C. P. S.



REVOLUCIÓN, por Miguel Bustos Cerecedo. (Prólogo de Lorenzo Turrent Rozas).

El prologuista de este libro nos dice que su autor tiene apenas veinte años, y que está entre «Los poetas-hombres, cuyas canciones cooperan al alumbramiento de una sociedad mejor».

Miguel Bustos Cerecedo tiene—no hay por qué dudarlo—grandes condiciones para la lucha ideológica y social, y no sería de extrañarse que en día no lejano su nombre nos dijera la actuación valiente de un caudillo político. Pero de ahí a que logre tener figuración en la poesía mexicana, tomando como base para tal augurio esta «Revolución» (1) de hoy, hay trecho, y no poco.

El libro comienza así:

En la epopeya tibia de tus estruendos sordos como
latigazos en la noche sin rumbo,
se arrullan las primaveras asustadizas
de mis complicadas mocedades.

En la epopeya tibia de tus estruendos sordos como
latigazos en la noche sin rumbo,
has escondido el misterio de mis melancolías
que amanecieron llenas
de las emanaciones lacerantes de tu belleza
cruel.

(1) Editorial Integrales. Jalapa, Veracruz, México.